CAPÍTULO LXXVII. *Cómo Cortés envió socorro desde Tepeacac a los de Quauhquechollan, y después vino en persona a defenderlos y echó de la tierra los presidios mexicanos*

STANDO YA PACÍFICA la ciudad de Tepeacac, entendió Marina, a tiempo que merendaba con otras mujeres, que los mexicanos se apercibían para dar de repente sobre los castellanos, cuando más desapercibidos los hallasen. Prendió Cortés algunos de los que andaban cerca de él, que entendió que lo sabían y, averiguado, hizo severo castigo. Sabida en Mexico la salida de Fernando Cortés a la guerra de Tepeacac, no se descuidaron de enviar ejércitos a diversas partes; proveer las fronteras; persuadir a los amigos que estuviesen firmes; y hacer cuantas diligencias imaginaban que podían ser necesarias, no para defenderse (que esto fácilmente pensaban que lo podían hacer) sino para ofender a los castellanos; y como hombres astutos, enviaron por todas las provincias de quien temían que se habían de mudar, cabezas de caballos y otros despojos de los castellanos, publicando que era muerto Fernando Cortés, animando a la gente, que no temiese, pues que faltando aquel capitán, fácilmente pensaban acabar a los que habían quedado; y tanto pudo este engaño, entre aquella gente ligera, que fueron pocos los que no se rebelaron, aunque con juramento habían reconocido por señor al rey de Castilla y adonde había castellanos, a todos los mataron.

Estando, pues, las cosas de Tepeacac y mucha parte de su comarca en buen estado, determinó Fernando Cortés de enviar algunos capitanes por la tierra para que pacificasen lo que aún no estaba sosegado, con orden de usar ante todas cosas, de términos blandos y suaves, y dio muestras de quererse volver a Tlaxcalla. Por lo cual, los más principales tepanecas le pidieron, que pues ya ellos eran vasallos de el rey de Castilla y conforme al juramento que habían hecho, le habían de servir lealmente, porque no acaeciese lo pasado, pues se temían de los de Culhua, que no se fuese de allí y, que si todavía no lo podía excusar, les dejase algunos castellanos, porque de otra manera serían destruidos. Fernando Cortés les respondió que procuraría darles satisfación y que no tuviesen miedo de los mexicanos, pues que esperaba en Dios que presto los verían quebrados los brazos. Y pareciéndole que el sitio de esta ciudad era muy a propósito para asegurar el camino de la Villa Rica y que señoreaba los puertos; el uno, que se dice de Xiculchima, por donde los castellanos entraron en aquellas partes; y el otro de Quauhquechola, legua y media de Tepeacac, por donde van los caminos reales de la Villa Rica y de todas las otras partes de la mar; y que aquella provincia está en medio de la tierra, junto a las señorías de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, con los cuales partían términos; y por otra parte con los culhuas, los cuales siendo tan ricos y mañosos pudieran con la vecindad intentar nuevas rebeliones en estas provincias. Para excusar

este inconveniente y para dar esta satisfación a los tepanecas, que le habían pedido presidio, mandó llamar los alcaldes y regidores de el concejo que con él andaba, que eran los principales Alonso de Ávila, Alonso de Grado y Rodrígo Álvarez Chico y los propuso las cosas sobredichas, diciendo que convenía fundar allí una villa; y habiendo parecido bien a todos, nombró alcaldes y regidores y los oficiales acostumbrados y entre ellos por regidor a Gerónimo de Aguilar (porque sabía Cortés honrar y tener en las ocasiones memoria de los beneméritos). Llamó a esta villa Segura de la Frontera, por haberse hecho para los efectos sobredichos y por estar en frontera de la mayor parte de Culhua.

No siendo aún partido Alonso de Mendoza con el despacho referido para el rey, porque pareció a Fernando Cortés que pues había de durar poco la guerra de Tepeacac, era bien que, mientras se aderezaba la carabela en que había de navegar, viese el fin que tenía para que mejor fuese referido. Acaeció que llegaron a una ciudad, dicha Quauhquechulla, hasta veinte mil hombres de guerra, enviados de el hermano de Motecuhzuma, que le sucedió en el imperio, con fin de impedir que el señor de ella, ni otros comarcanos, se confederasen con Fernando Cortés y le impidiesen el paso, caso que intentase él ir a Mexico, de que se temían ya. El señor de Quauhquechulla, no pudiendo sufrir las insolencias de los mexicanos, porque no contentándose de comerles lo que tenían les tomaban sus hijas y mujeres y hacían muchas opresiones, envió mensajeros a Fernando Cortés que le dijeron de su parte, que bien sabía que cuando estuvo en Mexico fue su señor a visitarle y que en presencia de Motecuhzuma, juntamente con los otros señores que allí estaban, se había ofrecido por vasallo de el rey de Castilla y que siempre tuvo pensamiento de serlo, sino que por parte de Motecuhzuma le mandaron que se apercibiese, porque tenía determinado de hacer guerra a los castellanos hasta matarlos o soltarse; y que como le tenían mucho miedo y por señor natural, no se pudo dejar de obedecerle y así fueron a Mexico; y que ahora, que el hermano de Motecuhzuma quería continuar la guerra, su señor no quería ser en ella y que por tanto los enviaba a rogarle que los perdonase lo pasado y que para adelante le tuviese por vasallo de el rey y por su amigo, porque su voluntad era de serlo y de servirle mejor que antes; y que demás de esto, le pedía que le ayudase para echar de su tierra las guarniciones de los de Culhua, que habían ido para la guerra contra los castellanos y defenderles el paso, de los cuales recibía infinitos agravios; todo lo cual dijeron llorando y afirmando que en ello recibirían bien y merced.

Fernando Cortés determinó de no perder tan buena ocasión para dar ejemplo a los amigos y castigar los mexicanos por la gran injuria que juzgaba haberle hecho; y habiendo agradecido la voluntad del señor de Quauhquechulla y certificádole que cuando no hubiera tomado tan buen acuerdo, no pudiera dejar de perderse. Otro día por la mañana, envió a Diego de Ordás y Alonso de Ávila con trescientos castellanos y doce caballos, con algún número de tlaxcaltecas y con los mensajeros fueron a dormir a Cholulla y otro día a unas estancias de la señoría de Huexotzinco, adonde acu-

dió tanta gente de guerra de las señorías confederadas, que todos quedaron admirados y algunos pensaron que había traición; y, continuando la sospecha, Ordás y Alonso de Ávila, prendieron a los capitanes de Huexotzinco y los enviaron a Tepeacac a Fernando Cortés y ellos se volvieron a Cholulla a esperar lo que les mandaba. Sintió mucho Cortés este caso y le pesó de ver presos los más leales amigos que hasta entonces tenía. Con todo eso hizo averiguación y examinó a los presos y no hallando en ellos pensamiento de novedad, sino que dijeron que pudo ser que aquel temor naciese de la mucha gente de guerra que habían juntado y que adelante no llevarían tanta, los mandó soltar diciéndoles que llevasen muchos más, que holgaría de ello (porque no juzgasen que los castellanos, del mucho número habían concebido miedo), y dándoles algunos presentes y diciendo la pesadumbre que había recibido de aquel caso, determinó de irse con ellos, con cien infantes y diez caballos. En juntándose con Diego de Ordás y Alonso de Ávila, fueron caminando y con ellos cien mil indios amigos; envió a decir al señor de Quauhquechulla, con sus mensajeros, que estuviese muy advertido en tener secreta su jornada para que se tomasen descuidados a los culhuas; y que si no se pudiese hacer, que tomase las armas contra ellos, en caso que huyesen. Túvose tanto secreto que no se entendió que iba Cortés hasta que se halló a cuarto de media legua de los enemigos, los cuales quisieron salir a defender la entrada en la ciudad, confiándose en el ayuda de los naturales, los cuales, luego tomaron las armas; y por esto volvieron a la ciudad los escuadrones que habían salido y a tiempo que se peleaba en ella y que ya había comenzado el fuego en las casas, llegó Fernando Cortés con veinte caballos y en descubriéndole los mexicanos huyeron, quedando muertos muchos y en especial, en un gran templo y muy fuerte, adonde la mayor parte de los capitanes, con mucha gente, se hicieron fuertes, adonde se tomaron vivos dos caballeros, a los cuales preguntó Cortés muchas cosas y dijeron el efecto para que habían ido a Quauhquechulla, por mandado del nuevo rey Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzuma, cuya voluntad era de morir o defender que no entrasen castellanos en su tierra.

Está Quauhquechulla asentada en un llano, cercada de un muro de tres estados en alto y catorce pies en ancho, con un buen parapeto; y este muro va a juntarse con una sierra, cerca de la ciudad, la cual tiene por una parte una sierra que la sirve de muralla, porque es muy agria; no hay en ella más de dos puertas y para llegar a ella se ha de subir por muchas gradas. Hay en la ciudad muchos y hermosos edificios de buenas casas; tiene muchos pueblos sujetos, con buenos términos de pastos y aguas; está junto a la Sierra Nevada, que se dice el Volcán; hay muchas huertas de frutas, porque toda es tierra muy fértil. Tenía cinco o seis mil vecinos y hacíase un gran mercado, como en las demás ciudades grandes. Supo Fernando Cortés, que en otra ciudad dicha Itzucan, tres leguas de Quauhquechulla, había gente de guarnición de los culhuas y que estaban con propósito de pelear con él; acordó de ir a ellos con sus castellanos y indios, que nunca le dejaron. Halló que en la plaza estaban hasta ocho mil hombres en orden; en-

vióles a hablar y no queriendo oír su embajada arremetió a ellos, pero luego se pusieron en huida; fueron seguidos y muertos muchos. Mandó Cortés quemar los ídolos, porque con la pena de esto más presto pidiesen perdón; envió mensajeros a llamar a ciertos señores de la ciudad, ofreciéndoles perdón; acudieron, excusándose con que los culhuas les habían forzado a desobedecer. Dijo que si llamaban a los demás y poblaban la ciudad, los perdonaría; todos acudieron y la ciudad se pobló luego, y fueron perdonados, ofreciéndose por vasallos del rey de Castilla y prometiendo fidelidad. Preguntó Cortés ¿cuál era el señor de la ciudad? Dijeron, que no le tenían porque cuando fueron llamados a Mexico para la guerra contra los castellanos, murió en ella y que el señorío pertenecía a un hijo de el muerto, el cual dijo que lo sería si Cortés lo mandaba; pareció bien a Cortés que lo fuese, aunque algunos dijeron que por ser habido en mujer esclava no le tocaba; por lo cual dijo el señor de Quauhquechulla, que allí estaba, que siendo como era casado con hija legítima de el muerto, en la cual tenía un hijo, que su derecho era mejor; quiso saber Cortés si aquello era verdad y aquella sucesión cierta, conforme a sus usos, todos respondieron que sí, por lo cual mandó Fernando Cortés parecer al muchacho, que era de ocho años y todos con gran contento le recibieron por señor; y porque no podía gobernar por la edad, se dio el gobierno al que primero pidió el señorío, con otros dos de Quauhquechulla, que nombró el señor. Está asentada esta ciudad al pie de un gran cerro, encima de el cual hay una gran fortaleza, de tal manera que a muchos castellanos pareció a Málaga por ser de fuera muy vistosa y torreada; por una parte tiene un río y por la otra la sierra. Hácese en ella un gran mercado; es tierra muy fértil y en su término hay minas de oro; tiene tres mil vecinos. Sabida esta victoria acudieron muchos lugares a dar obediencia a Cortés, con que la tierra se iba pacificando.

CAPÍTULO LXXVIII. *De algunas entradas que los nuestros hicieron desde Tepeacac, y de cómo los indios de Tuchtepec mataron ochenta castellanos; y a instancia de los frailes franciscos se bautizó un señor de una cabecera o provincia*

IENTRAS CORTÉS ESTABA EN TEPEACAC envió algunos capitanes por diferentes partes de la provincia a pacificar los lugares que no se querían sosegar. Fue uno de ellos a Tecamachalco, de la jurisdición de Tepeacac, adonde los castellanos tuvieron mucho que hacer y al cabo fueron vencidos los naturales y dados por esclavos más de dos mil y repartidos como los demás, de que las repúblicas amigas recibían gran contento, viéndose triunfar de sus enemigos y con abundancia de cuanto antes carecían. En Tuchtepec, adonde no fueron más de ochenta castellanos con el capitán Salcedo, por su descuido fueron todos muertos, aunque vendieron